

**DOMINGO**  
**EN LA OCTAVA**  
**DEL**  
**SANTÍSIMO SACRAMENTO.**

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS HEBREOS,  
 cap. 7. v. 18. 28.

*Hermanos: El mandamiento primera es á la verdad abrogado por su flaqueza, é inutilidad: Porque la Ley ninguna cosa llevó á perfeccion; sino que fué introducida de mejor esperanza, por la qual nos acercamos á Dios. Y quanto no es sin juramento ( porque los otros Sacerdotes á la verdad fuéron hechos sin juramento; mas éste con juramento por aquel que le dixo á él: Juró el Señor, y no se arrepentirá: tú eres Sacerdote eternamente: ) Por*

*del Santísimo Sacramento. 289 tanto Jesus fué hecho fiador de testamento mucho mas perfecto. Y á la verdad los otros fuéron hechos muchos Sacerdotes, por quanto la muerte no permitia que durasen: Mas éste, porque permanece para siempre, posee un Sacerdocio eterno. Y por esto puede salvar perpetuamente á los que por él se acercan á Dios, viviendo siempre para interceder por nosotros. Porque tal Pontífice convenia que tuviésemos nosotros, santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores, y ensalzado sobre los cielos: Que no tiene necesidad, como los otros Sacerdotes, de ofrecer cada dia sacrificios, primeramente por sus pecados, despues por los del pueblo: porque esto lo hizo una vez, ofreciéndose á sí mismo. Porque la Ley constituyó Sacerdotes á hombres, que tienen enfermedad: mas la palabra del juramento, que es despues de la Ley, constituye al Hijo perfecto eternamente.*

## INSTRUCCION.

Nuestra religion, hermanos míos, está llena de consuelos y recursos, y baxo qualquiera forma y qualidad que nos presente á Jesu-Christo, nos ofrece siempre por su gracia los medios mas eficaces de santificacion. Hoy en el misterio augusto que celebramos, nos le representa la Iglesia como el Pontífice del Testamento nuevo; y valiéndose de las palabras del Apóstol San Pablo, nos dice que no echemos de ménos ni una fe figurativa, ni las hostias insuficientes ni los Sacerdotes mortales, quando poseemos la realidad de las figuras, una víctima pura y sin mancha, y un Pontífice excelente. La explicacion, pues, de las palabras de nuestra Epístola no solo nos servirá para considerar la grandeza del adorable Sacramento que celebramos en esta octava, sino tambien para disponernos á recibirlo santamente. Escuchemos con un profundo respeto y un religioso temor lo que nos va á decir el Apóstol del Sacerdote santo que pide

*del Santísimo Sacramento.* 291  
por nosotros á su Padre, y sigamos con humilde docilidad los consejos que nos da para preparar nuestros corazones. Prestadme vuestra atencion en la explicacion de estas palabras.

El mandamiento primero es á la verdad abrogado, dice el Apóstol, por su flaqueza é inutilidad. Pero ¿qué le faltaba, hermanos míos, á este Testamento que Dios por su propia mano habia grabado sobre dos tablas de piedra? ¿No lo habia autorizado continuamente con prodigios los mas extraordinarios y maravillosos? ¿No habia suscitado para honrarle en todos tiempos hombres poderosos en obras y en palabras? ¿No castigaba las menores transgresiones con la muerte de los delinquentes? Sí; pero ninguna cosa, añade el Apóstol, llevó la ley á perfeccion, porque estaba esto reservado á la ley nueva. Le faltaba un mediador que careciese de pecado, que no tuviese necesidad de rogar en favor suyo, y que estuviese seguro de ser oido hablando por nosotros, á causa de la reverencia que se le debe; le faltaba una víctima, cuya sangre muy diferente de la de los animales que se vertia en el antiguo Testamento, ofre-

292 *Domingo en la octava*  
ciese á Dios una reparacion proporcionada á la magestad y naturaleza del ofendido, y nos comunicase la caridad de que es principio y fin, porque está reservado al nuevo Testamento el darnos el derecho á una esperanza mas firme, y de acercarnos á Dios con entera confianza. Nos importa mucho, hermanos míos, conocer bien á este Pontífice santo, que recibe de su Padre su poder y su mision de una manera tan irrevocable. Mientras que en el antiguo Testamento ha consagrado á tantos Pontífices, sin obligarse á oír sus ruegos, ni honrar su ministerio con los efectos de su misericordia; para consagrar al Pontífice del Testamento nuevo, jura en el modo mas auténtico é irrevocable, que jamas tendrá por qué arrepentirse, y conservará su sacerdocio por toda una eternidad.

Esta nueva Jerusalem no experimentará nunca las vicisitudes y contratiempos de la antigua Sion. En aquella se sucedian los Pontífices, y entre ellos unos la consolaban interponiendo su mediacion con su Dios, la fortificaban en la creencia con sus instrucciones, y la edificaban con sus virtudes

*del Santísimo Sacramento.* 293  
y exemplos, y otros la llenaban de amargura con el abandono de sus obligaciones, y la escandalizaban con sus desórdenes; pero les llegaba su hora, y desaparecian todos, porque la muerte ejercitaba en ellos su poder. Nuestro Pontífice se ha sujetado voluntariamente á la ley general que se impuso á los hombres desde el pecado de su primer padre; pero en esta inmolacion libre y voluntaria de sí mismo, ha exercido el ministerio de Pontífice; y despues de haber gustado la muerte, sacudió el sueño que le oprimia, y resucitó para desempeñar con su Padre las augustas funciones de Sacerdote eterno.

Pueblo de Israel, Nacion escogida, Pueblo del Señor, ¿quáles eran los derechos de tu Sacerdocio soberano? Ofrecer en tu nombre hostias impotentes, conseguir para ti algunos favores temporales, declarar expiadas las faltas de tus hijos. Aquí terminaban todas sus funciones; pero nuestro Sacerdote, verdaderamente grande por la excelencia de su origen, y por el objeto de su ministerio, gozará hasta la consumacion de los siglos el derecho de purificar los corazones humanos, de restituir al hom-

294 *Domingo en la octava*  
bre pecador la salud y la vida, y de presentar á Dios las almas que ha redimido con su sangre.

No es un Moysés quien se ofrece por mí, y solicita el perdón de mis pecados; no es un Daniel, que para conseguir á su pueblo la indulgencia y la misericordia, reclama la alianza hecha con sus antepasados; no es un Jeremías, que para mover al Señor, lanza tristes y profundos suspiros: es el Dios vivo y verdadero quien para oponerse á los efectos de su propia justicia, se hace intercesor y víctima; y empezando sus funciones en el tiempo, las desempeña por toda una eternidad.

Este, hermanos míos, es el soberano Sacerdote que convenia á la nueva ley. Todos los demás Pontífices del antiguo Testamento, aunque fuesen especialmente favorecidos por el cielo, no podían llenar los designios de Dios sobre nosotros, ni socorrernos en tantas y tan graves enfermedades espirituales de que adolecen nuestras almas. Tal Pontífice, añade el Apóstol, convenia que tuviesemos nosotros, santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores, y ensalzado sobre los cielos.

*del Santísimo Sacramento.* 295

Un Sacerdote mortal tiene la indispensable obligacion de purificarse cada dia de las manchas contraídas por el pecado; y antes de llevar al pie del trono de la misericordia los pecados del pueblo, tiene que expiar los suyos propios; pero el Pontífice del nuevo Testamento no necesita de esta humillante precaucion: su Padre no apartará su vista de las ofrendas. En otro tiempo decia al pueblo Judío por medio de uno de sus Profetas: Estoy cansado de vuestros sacrificios: ya no recibiré las víctimas de vuestra mano. Tampoco tiene necesidad de renovar su sacrificio siempre que los nuevos pecados de los hombres excitan la ira del Señor, porque basta que se haya ofrecido una vez en la cruz para que la virtud de esta ofrenda sea permanente. Si en su Iglesia ha establecido un Sacramento, donde á un tiempo es alimento y víctima, no es porque tenga necesidad de dar á su Dios este nuevo testimonio de su obediencia para asegurar la eficacia de su oblacion, sino porque nos faltaba á nosotros una señal siempre existente, que excitase nuestra confianza, y renovase nuestra piedad.

Concluyamos, pues, con el Apóstol, que nuestra ley es mucho mas excelente que la antigua por mas consue- los y ventajas que ofreciese; que unos Sacerdotes llenos de enfermedades y miserias, no tienen comparacion alguna con el Hijo de Dios, que es tan perfecto como su Padre, eterno como él, sensible á nuestras miserias, y siempre dispuesto para aliviarlas. Pero ¿será está la única conseqüencia que podremos sacar del paralelo que hace el Apóstol entre los dos Testamentos? La Iglesia aplicando las palabras de esta Epístola á la presente solemnidad, ofrece á nuestra consideracion uno de los mayores beneficios que debemos á la Providencia; y miéntras que expone á nuestra adoracion el Sacramento augusto donde se perpetuan los misterios de que habla el Apóstol, quiere formar en nuestro corazon aquellas disposiciones que exige el tremendo sacrificio del Altar. Así la eternidad del Pontífice, su santidad, su inocencia, su exención del pecado, su segregacion de los pecadores, y su elevacion sobre los mismos cielos, nos presentan otras tantas disposiciones que

se requieren para presenciar con utilidad este sacrificio, y para participar dignamente de este Sacramento. Así no solo diré de Jesu-Christo con el Apóstol: tal Pontífice convenia que tuviesemos nosotros, sino que aplicaré estas palabras á todos en general; porque según la expresion del Apóstol San Pedro, formamos un Sacerdocio real, y estamos unidos á Jesu-Christo, como los miembros del cuerpo á la cabeza. Por tanto deberé exigir de cada uno de vosotros las mismas qualidades que esencialmente adornaban á Jesu-Christo. Debeis ser santos, inocentes, y estar exentos de toda mancha de pecado: debeis huir de los pecadores, y hacer que vuestras conversaciones sean siempre de los cielos. Desgraciados de vosotros si no os habeis presentado en el altar con estas disposiciones, y si nuestros tremendos misterios han sido profanados con un corazon corrompido.

Si no podeis, hermanos míos, alcanzar aquella santidad inalterable é invencible á pesar de todos los objetos seductores que ofrecen los sentidos, y vigorosa para destruir y vencer todas las tentaciones del mundo, esforzaos

para tener á lo ménos aquella que sabe estar alerta para evitar los peligros, que llora sus faltas, y que se levanta prontamente de qualquiera caída.

Si estais distantes de la inocencia primitiva, procurad retener á lo ménos aquella inocencia restablecida con obras de penitencia proporcionadas á los pecados que habeis cometido.

Ya que como hijos de aquel padre prevaricador contraxisteis la mancha del pecado, y que no habeis sabido conservar la gracia con que Dios por su misericordia os enriqueció en el Bautismo, detestad ahora que estais convertidos, todas las obras de la carne; mostrad un vivo dolor de vuestras faltas, y un verdadero deseo de entrar otra vez en el camino perdido; no temais los escollos que os presenta un mundo engañoso, y caminad con firmeza y perseverancia.

Pero para esto debeis segregaros de los pecadores. Esta separacion no consiste en romper con ellos todo trato y comercio, sino en detestar sus máximas, y en despreciar sus alegrías: es preciso no tomar parte en sus pecados, y conservar los sentimientos, los afectos y

los deseos christianos, manifestando la mayor oposicion á sus depravadas inclinaciones.

Finalmente, debeis elevaros á los cielos, desprendiéndoos de todos los objetos seductores que hacen amable nuestra mansion en la tierra: ella sin duda tiene muchos atractivos; pero debemos considerar que somos viajeros, y que caminamos á una vida eterna, á la qual no podremos llegar si no meditamos los atributos y perfecciones de la divinidad, si no amamos á Dios con exclusion de todas las cosas terrenas, y si no somos fieles observadores de sus preceptos.

Estas son, hermanos míos, las disposiciones de un Christiano que quiere unirse á la víctima, y tener parte en el ministerio del Pontífice eterno. Si todos los Christianos que se reunen para celebrar el santo sacrificio procurasen imitar á Jesu-Christo, no serian nuestros templos, como lo son en el dia, el centro de las irreverencias, de los sacrilegios y de escandalosas profanaciones. Nuestras ciudades y nuestras casas se convertirian en otros tantos santuarios, donde cada Christiano haria el sa-

crificio de sus inclinaciones y voluntades propias ; y podria decirse á proporcion de cada uno lo que el Apóstol nos dice de Jesu-Christo, á saber : que vive siempre para interceder por nosotros. Entónces el amor de la oracion y el fervor en este santo exercicio purificarian todas nuestras disposiciones , y el Pontífice eterno derramaria sobre todos sus miembros este espíritu de sacrificio que es el alma de nuestra santa religion.

Víctima adorable , Sacerdote excelente , Pontífice ensalzado sobre los cielos , ya que baxas á nosotros en el augusto Sacramento para hacer tu caridad mas accesible y mas tierna , despide de tu santuario un fuego sagrado que penetre nuestros corazones , que destruya la voluntad propia , enemiga declarada del espíritu de sacrificio , y que haciéndonos una sola víctima contigo , nos proporcione en ti la prenda de la inmortalidad y de la vida. Así sea.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,  
cap. 14. vers. 16. 24.

*En aquel tiempo dixo Jesus á los Fariseos esta parábola: Un hombre hizo una grande cena, y convidó á muchos. Y quando fué la hora de la cena, envió uno de sus siervos á decir á los convidados, que viniesen, porque todo estaba aparejado. Y todos á una empezáron á excusarse. El primero le dixo: He comprado una granja, y necesito ir á verla: te ruego, que me tengas por excusado. Y dixo otro: He comprado cinco yuntas de bueyes, y quiero ir á probarlas: te ruego, que me tengas por excusado. Y dixo otro: he tomado muger, y por eso no puedo ir allá. Y volviendo el siervo, dió cuenta á su Señor de todo esto. Entónces airado el padre de familias, dixo á su siervo: Sal luego á las plazas, y á las calles de la ciudad: y traheme acá quantos pobres, y lisiados, y ciegos, y coxos halla-*

302 *Domingo en la octava*  
*res. Y dixo el siervo : Señor , hecho*  
*está , como lo mandaste , y aun hay*  
*lugar. Y dixo el Señor al siervo :*  
*Sal á los caminos , y á los cerca-*  
*dos ; y fuérzalos á entrar , para que*  
*se llene mi casa. Os digo , que nin-*  
*guno de aquellos hombres , que fué-*  
*ron llamados , gustará mi cena.*

### INSTRUCCION.

**A**unque pudiera , hermanos míos, presentaros con los Padres de la Iglesia en esta cena del Evangelio una idea del misterio de la Encarnacion del Verbo , y un gusto anticipado del reyno que reserva Dios á sus escogidos ; me parece sin embargo conveniente seguir en todo la aplicacion que la Iglesia hace de las palabras de nuestro Evangelio á la solemnidad del dia. La vocacion de todos los Christianos á la salvacion eterna , los pretextos que oponen los pecadores á la necesidad de obrarla , la reprobacion del antiguo pueblo y la adopcion del nuevo , son conseqüencias que resultan de la simple lectura de esta

*del Santísimo Sacramento.* 303  
parábola : pero dexando el tratar de estas materias para otras instrucciones , me ceñiré en ésta á fixar vuestra consideracion sobre el banquete sagrado á que nos convida la Iglesia en nombre de Jesu-Christo , y á recordaros la institucion del adorable Sacramento que celebra con tanta solemnidad en estos dias de gracias y de santificacion. No hay una palabra en este Evangelio que no sea la mas propia para darnos una idea de este festín delicioso : todas ellas se dirigen á excitar y arreglar vuestros deseos , y condenan esa frialdad insípida con que os presentais en la mesa del Altar. Prestadme atencion , y pedid al Espíritu de Dios que abraze vuestras almas en el fuego de su amor.

Esta parábola la dirige Jesu-Christo á los Fariséos porque conocia la dureza y la insensibilidad de su corazon. Un hombre hizo una grande cena , y convidó á muchos. Estas palabras , que presentan desde luego la idea de un convite magnífico , son las mas propias para figurarnos la santa Eucaristia , donde baxa del cielo el pan de los Angeles, donde el vino que engendra vírgenes, esto es , que purifica las almas , se der-



rama con extrema abundancia, y donde la carne de todo un Dios se sirve de una manera milagrosa. En este festin delicioso se colman hasta la hartura los gustos y los deseos mas insaciabiles. Este es un banquete en que el Señor hace sentar á su mesa al pobre y humilde siervo para servirle en ella, y alimentarle con su propia substancia. El velo que cubre el alimento, nada disminuye la grandeza del festin. La fe dice al Christiano que baxo las especies del pan y del vino está el verdadero cuerpo de Christo Señor nuestro, y que desde allí comunica sensibles gracias, y consuelos inefabiles. Esta confesion es el primer homenaje que tributa á este Sacramento. Pero ya que hemos visto la naturaleza del banquete, veamos quienes són los convidados. El Evangelio nota que el Señor llamó á muchos; y esta es una prueba conocida de su generosidad, y nobleza de corazon. Nosotros podemos decir tambien que de todos los que hacen profesion de la fe, no hay uno siquiera que esté excluido de este festin; pero por desgracia sucede lo que con este Señor del Evangelio, y es, que unos no le admiten, y otros le profanan y

le miran con la mayor indiferencia. Los convidados no guardan aquella atencion que corresponde á un favor tan señalado, ni esperan como era regular, la hora de la cena. Pero el Señor no para aquí su consideracion, y consultando solo á su misericordia, sin respeto á la dignidad de las personas que convida, quiere darles un testimonio de su paciencia infinita. Así quando fué la hora de la cena, envió uno de sus siervos á decir á los convidados que viniesen, porque todo estaba aparejado. No perdamos de vista, hermanos míos, la Eucaristía, que tan propiamente se nos representa en esta parábola. Esta conducta del Señor tiene relacion muy sensible con la que guarda la Iglesia con nosotros quando se trata de recibir este Sacramento. Ella empieza con enseñarnos el precepto general de comulgar, trayéndonos á la memoria el peligro que corren los que no comulgan, y las ventajas que se nos proporcionan en la santa Comunión. Despues de estos motivos generales para vencer nuestra indiferencia, añade las órdenes mas positivas para determinarnos. Finalmente, no bastando la instruccion ni la indi-

cacion de un tiempo que ha determinado con sabia prevision, lanza terribles anatemas, y protesta que separará de su cuerpo á todo aquel que obstinado no quiera cumplir sus mandamientos. Ya veis que el Señor es el que hasta aquí da todos los pasos, sin que los convidados lo merezcan, ó correspondan á su solicitud; pero es preciso que se declaren. En efecto, todos á una empezaron á excusarse. El primero dixo al siervo: He comprado una granja, y necesito ir á verla: te ruego que me tengas por excusado. Otro dixo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y quiero ir á probarlas: te ruego que me tengas por excusado. Otro dixo: He tomado muger, y por eso no puedo ir allá. No hay uno que se muestre sensible ni agradecido al honor que se le hace; pero á lo menos dan excusas que parecen de alguna consideracion, y que pueden influir para dispensarse del gusto de una cena. Sin embargo el Señor no se contenta con estas excusas, y quando el siervo le da cuenta de su comision, se irrita sobremanera. En efecto, el honor que el padre de familias les hace convidándo-

los á su mesa era de tal naturaleza, que no podian considerarse con derecho alguno para pretenderlo. ¿No sobrepujaba esta ventaja á todos sus intereses particulares? ¿El desprecio de esta invitacion no los dexaba expuestos á sufrir todo el peso de la ira de un Señor siempre terrible en sus venganzas? ¿La injusta preferencia que daban á sus negocios, no les privaba de los recursos que podian prometerse de la bondad de un dueño semejante? Sin embargo estas reflexiones eran para ellos de muy poco momento, porque no conocian el bien que despreciaban. Pero vosotros, Christianos, que ya teneis una idea del banquetete, ¿por qué os negais al convite, ó por qué le aceptais tan rara vez? Direis que vuestras ocupaciones os lo impiden; pero ellas en la realidad son pretextos frívolos. ¿Pensais que no sabemos los cuidados y la atencion que piden la casa, los hijos, y en general las obligaciones de los respectivos estados? ¿Ignoramos acaso que los instantes del dia y de la noche vienen cortos á una madre de familia que quiere velar sobre su casa, y desempeñar el cargo terrible que tiene sobre sí? So-

308 *Domingo en la octava*  
mos tan insensatos que no consideremos la aplicacion que exige el empleo, ó el oficio de un hombre que está obligado á proveer con su trabajo á la subsistencia de una familia indigente? ¿No sabremos de qué conseqüencia es el tiempo para aquel que despues de todos sus afanes solo saca unas moderadas ganancias? Pero sin embargo, hermanos míos, si estos motivos son de alguna consideracion para sacrificar á ellos qualquier otro negocio, en éste nada influyen, porque no se trata de nada ménos que de prepararos para el sagrado banquete, á fin de que agoteis en este manantial adorable las luces que pueden dirigir vuestros pasos, y la fuerza que puede afirmarlos. Jesu-Christo ha instituido este inefable misterio para todos los Christianos, teniendo presente que la Divina Providencia los ha colocado en diferentes estados. La extension de sus ocupaciones era bien conocida ántes de imponerles el precepto de sentarse á su mesa: estaban previstas las razones que podria suministrarles su indiferencia; pero tambien consideraba que eran vanas y de ningun momento, porque regularmente las produce el espíritu de

*del Santísimo Sacramento.* 309  
codicia, las autoriza la tibieza, y las favorece el deseo de gozar una vida cómoda y regalada. En efecto quando en el tribunal de la penitencia nos inculcamos sobre esa lentitud y frialdad tan perjudicial á vuestras almas, nos decís que no podeis resolveros á dexar abandonados vuestros hijos: que la casa no puede quedar en manos de criados: que el tiempo no es vuestro, porque vivís en la dependencia ya de un amo, ya de un esposo; y que por otra parte una obligacion de tanta importancia pide la mayor atencion y recogimiento: de manera que serian necesarios meses enteros de abstraccion y de retiro para presentaros en la mesa del altar con aquella pureza de alma que es conveniente.

Estas reflexiones parecen, hermanos míos, muy sólidas, y fundadas en buenos principios, porque en efecto Dios quiere que ante todas cosas se satisfagan las obligaciones propias de cada estado. Por otra parte se requiere para comulgar dignamente que el alma esté purificada de la mancha del pecado, y que quando el hombre viene á sentarse á la mesa del altar, tenga

310 *Domingo en la octava*  
libre su corazón de las agitaciones y cuidados de la vida. Sin embargo Dios, como he dicho, instituyó su Sacramento para todos, y las preparaciones que exige pueden unirse muy bien con los afanes de la vida. El trabajo no es incompatible, hermanos míos, con la Comunión; al contrario puede ser un motivo que contribuya para disponerse santamente. El pan de la Eucaristía no es la herencia de esas almas contemplativas, á quienes el gusto de la meditación exime de las agitaciones del siglo, ó de esas almas habitualmente perezosas que se dispensan de las obligaciones de su estado por no turbar su comodidad y sus placeres. Esos testimonios de respeto que pretendéis tributar al adorable Sacramento disponiendoos al mismo tiempo de recibirlo, son otras tantas injurias que hacéis á la Divinidad, y un alto desprecio de sus invitaciones. Injuriais su liberalidad, porque mientras Dios se prodiga y se multiplica para vuestro uso, y que os busca con tanto afán y solícitud, vosotros le manifestais frialdad é indiferencia. Injuriais su misericordia, porque no le suponeis bastante indulgente para

*del Santísimo Sacramento.* 311  
compadecer vuestras flaquezas, y escuchar la simple preparacion de un corazón ansioso de encontrarle. Entre tanto que este Señor busca los medios mas exquisitos para inspiraros confianza y tranquilidad, vosotros llegais temblando, y pensais que acaso os despedirá con indignacion. Mirais este convite como si solamente fuese para los ricos y las personas de elevada condicion; quando por el contrario le dice al siervo: sal luego á las plazas, y á las calles de la ciudad, y trae acá quantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares. Estos sin duda no alegarán pretextos tan frívolos y despreciables como los otros, y recibirán mis favores con todo el respeto y reconocimiento que corresponde.

Aquí es, hermanos míos, en donde se manifiesta toda la generosidad, y la bondad del Dios que nos convida á su mesa. Si hay algun título que nos dé un derecho á este festín sagrado, es nuestras necesidades y miserias. Si fuésemos ricos por nuestra propia industria, fuertes por nuestra propia virtud, é ilustrados por nuestras propias luces, no seriamos tan dignos de su atención, y el

312 *Domingo en la octava*  
pan de la Eucaristía perdería para nosotros sus mas preciosos efectos; pero hallándonos expuestos en esta vida á sufrir los ataques que para perdernos sugiere la malicia á nuestros enemigos, y abandonados á la muerte, tenemos necesidad de que Jesu-Christo sea nuestra guía, que fortalezca y enderece nuestros pasos, y que ilustre con una uncion interior las tinieblas de nuestro entendimiento.

Hermanos míos, si nuestro amor propio nos dexase conocer estas necesidades, vendríamos tambien en conocimiento de la que tenemos de un precepto que nos obligue á participar del pan de los viajeros. Toda nuestra inquietud, segun la expresion de San Cipriano, sería el vernos privados de este divino alimento; pero es preciso que se cumpla la palabra de Jesu-Christo. Los siervos executan puntualmente las órdenes de su Señor: corren las plazas y las calles, y traen á todos los pobres, los lisiados, los ciegos y los cojos, y sin embargo no se llena la sala. Pero es posible que fuese tan corto el número de infelices necesitados, que teniendo á la mano el saciar su ham-

*del Santísimo Sacramento.* 313  
bre, no quisiesen aceptar este beneficio? La Iglesia no se explica en este punto; pero es fácil concluir de las palabras que siguen, que aunque habia muchos que padecian graves necesidades, carecian sin embargo de la voluntad de remediarlas; y por esto el padre de familias, que quiere que se cumplan sin restriccion los designios de su misericordia, vuelve á decir al siervo: Sal á los caminos, y á los cercados; y fuerzalos á entrar, para que se llene mi casa.

No sé, hermanos míos, al oír estas palabras del Evangelio, quién de los dos podremos decir que tiene mas constancia, Dios, ó el hombre: Dios, que á la manera de un padre tierno y compasivo emplea todos sus cuidados y solitudes para traer á su hijo al verdadero conocimiento; ó el hombre, que á pesar de todos estos pasos, manifiesta la resistencia mas vergonzosa. El Señor nada excusa por su parte: convida para su mesa, y se desprecia su convite: busca; pero no por eso manifiestan mas ardor los convidados: da sus órdenes para que se fuerce á todos los menesterosos, y todavía queda mucho

314 *Domingo en la octava*  
lugar: Pensais, hermanos míos, que será insensible Dios á tantos desprecios? No: Christianos, escuchad la sentencia que va á pronunciar despues de tantas pruebas de generosidad y de paciencia. En verdad os digo, que ninguno de aquellos hombres, que fuéron llamados, gustará mi cena; *ap sup. etiam ab eis*  
; Qué justo, pero qué terrible anatema, hermanos míos! Aquí es donde resplandece su equidad y su justicia; y esos hombres, que baxo pretextos tan frívolos se han negado á recibir los singulares favores que les ofrece el Señor, van á sentir ya todo el peso de su ira: Qué diré de vosotros, hermanos míos, que tan rara vez venis á sentaros á la mesa del altar? Qué diré al ver vuestra indiferencia, y esas disposiciones tan equívocas? Si el divino alimento que presentamos fuese del número de esos platos corruptibles, que destinados á mantener y conservar una vida pasajera y mercenaria, no son de valor alguno para la vida futura, no nos admiraríamos de vuestra insensibilidad; pero éste verdaderamente es el pan de los Angeles, el fruto de la vida y la prenda de la inmortalidad: esto es

*del Santísimo Sacramento.* 315  
lo que os ofrecemos. Esta cena, que empieza en el tiempo, debe consumarse en la eternidad. No solo la llamamos Comunion porque nos une de la manera mas íntima al cuerpo, á la sangre y á la divinidad de Jesu-Christo, sino porque nos conduce á esa union inalterable que debe satisfacer y colmar los deseos de nuestro corazon por toda una eternidad.

Tratad por tanto, hermanos míos, este adorable alimento con aquel aprecio que merece: alejad las pasiones y los pecados: apresurad vuestros pasos para venir á este sagrado banquete, y haced todos los sacrificios que se requieren para comer dignamente este pan de los Angeles. Considerad que Jesu-Christo decia, que ninguno de aquellos hombres que fuéron llamados gustaria su cena, y que vosotros sereis excluidos del reyno celestial si en adelante sois tan indiferentes.

Dios mio, uno de los mayores males que pueden venir á los hombres es el de no experimentar el hambre espiritual de vuestro Sacramento adorable; pero todavía es infinitamente mayor el de no sentir cuán peligroso es el des-